

“PORTO-RICO”. UNA VISIÓN FRANCESA DEL PUERTO RICO DE FINALES DEL SIGLO XIX

José Hernández Rosario

CONDICIONES DEL HALLAZGO

En cierto sentido, no hay mucha diferencia entre una feria de libros antiguos y una joyería. Se asiste al encuentro con el deseo (in)confeso de encontrar una joya rara. Así me sentí cuando una tarde de la primavera de 1996 me dirigí a la *Place Saint Sulpice* del sexto distrito de París: encantado, absorto e imbuido de la atmósfera festiva que cubría a la ciudad en aquella primavera casi estival. La misma atmósfera reinaba en la Feria Anual del Libro Antiguo de París.

Las librerías improvisadas se encontraban protegidas por calurosas carpas organizadas geo-cronológicamente: *France Moyen Âge, Espagne-Portugal Moyen Âge, Italie Renaissance, Manuscrits Anciens XVII Siècle*, entre otros. Tras la ojeada de rigor por el mundo europeo, me precipité a la carpa con la denominación más vasta (Europe, Afrique, Amériques, Pacifique) intuyendo que allí podría encontrar, al cabo de dos años de búsquedas esporádicas, algún documento relacionado con la Isla.

Menuda sorpresa me llevé al confirmar mi intuición. Escondido bajo un mar de cartapacios, encontré aquél que

portaba como título, junto a una imagen de La Fortaleza, un lacónico toponimio: *Porto Rico*. Inmediatamente, abrí el cartapacio para verificar el contenido del artículo. Se trataba de un relato de viaje bastante reciente (1892) con excelentes grabados de la época. El precio módico, y la presencia de los grabados, me llevó a adquirir la obra sin sospechar todo el interés del que estaba revestida.

Tras la primera lectura, concluí precipitadamente, que se trataba de un simple relato de viajes. Pero al cabo de una segunda lectura, comencé a detectar los detalles dispersos que componen el interés principal del artículo: es un testimonio de época de la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América (denominación de época también) y, a la vez, un *état des lieux* de la Isla en los años inmediatamente anteriores a la invasión. Otras relecturas del artículo previas a la traducción, ya me habían permitido apreciar el valor histórico de las observaciones de un extranjero europeo que visitaba a Puerto Rico en las postrimerías del siglo XIX, el señor J. Claine.

Como preámbulo a la traducción, me di a la tarea de conocer la revista que acogía al artículo que presento a continuación.

LA COLECCIÓN *LE TOUR DU MONDE*

Porto Rico, de J. Claine, forma parte del número 163 de la publicación *Le Tour du Monde*. Editada sin interrupción durante 154 años, dicha revista lograba un difícil equilibrio editorial al dirigirse tanto a un público general (ésta pretendía vulgarizar el saber etno-geográfico) como a un público específico (los etnólogos y los geógrafos). *Le Tour du Monde*, de frecuencia semestral, fue publicada entre 1860 y 1914. Fundada por Edouard Charton, la revista estaba íntimamente vinculada a la *Société géographique de Paris* (aunque no era, ni mucho menos, su órgano editorial). Su primer número no contiene ni manifiesto ni editorial que explicita los propósitos de la revista. Incluso se podría pensar que su interés principal era de orden comercial puesto que los artí-

culos publicados en ella reunían todas las características de una lectura de evasión: relatos de viajes y fragmentos de leyendas (*Mort du voyageur Ad. Schlagintweit; Sir John Franklin et ses compagnons*, etc.). Pero, muy rápidamente, ya antes de concluir su primer año de publicación, la revista fijó su interés predominante al comenzar a publicar artículos consagrados a la exploración científica de un país o al rescate de la memoria de algún erudito olvidado ("Traditions religieuses de la Polynésie. Cosmogonie Tahitienne"; "Biographie de Karl Ritter, géographe").

La revista no tenía corresponsales fijos. Por sus páginas desfilaron los escritos de almirantes, capitanes, generales, doctores, arquitectos, escritores, investigadores, seres todos relativamente anónimos como el señor Claine y menos anónimos como el futuro Papa Giovanni Mastai Ferrati (Pío IX). Su interés por las ciencias, aunque genuino, se mezclaba casi fatalmente con el deseo de exotismo y de distracción.

El artículo ha de enmarcarse en esa doble tradición de especialización y de vulgarización. Su propósito implícito es dar a conocer la sociedad puertorriqueña de la época a un público lector bastante vasto. Aunque dicho público gozase de un criterio amplio y estuviese sediento de conocimientos, el nombre de nuestro país, con toda seguridad, no habría de evocarle más que unas imágenes bastante opacas y un tanto estereotipadas (109 años más tarde, la reacción no es muy distinta).

Tomando en cuenta el perfil de sus lectores potenciales, el señor Claine se da a la tarea de presentar nuestro país a las masas francesas decimonónicas. El resultado ha sido un artículo bastante clásico en su concepción: relato pormenorizado de un viaje de exploración. El autor adoptó el género que más posibilidades le ofrecía: la crónica. Con el objetivo de lograr un alto grado de realismo en su relato, el autor narra con cierta precisión los detalles de su travesía hacia la Isla y de su estadía en ella. Las puntillosas descripciones de las condiciones de partida y de llegada alternan

con detalladas descripciones líricas de los paisajes urbano y rural.

LOS MÓVILES DEL AUTOR

El artículo sorprende por varios motivos. Entre éstos sobresalen, por un lado, la imagen valorizante que el autor nos brinda de la sociedad puertorriqueña de la época y, por el otro, la imagen pesimista que el autor nos ofrece del futuro de la Tercera República Francesa.

Desconozco el móvil preciso de la visita del señor Claine a Puerto Rico. Por un lado, podríamos evocar el interés de la época por lo exótico y por la investigación científica fundidos ambos en los viajes de exploración de otras culturas. Así las cosas, el viaje de Claine puede compararse, salvando las diferencias, con los viajes de los hermanos Humboldt y muchos otros estudiosos europeos de principios de siglo XIX. Se trata de viajes de exploración científica en todos sus aspectos, pero revestidos de exotismo.

Por otro lado, se pueden hacer algunas extrapolaciones para presentar la hipótesis de un viaje de investigación estratégico-económica. El autor muestra un obsesivo interés por el estado de los negocios entre Francia y Puerto Rico así como por la situación económico-social de los ciudadanos franceses residentes en la Isla. Además, describe con sorprendente precisión tanto las estructuras militares como la disposición y localización de los puertos de la Isla. En ocasiones, estas descripciones vienen acompañadas de ilustraciones. Dichos intereses lo llevan a presentar, a la hora de sostener sus afirmaciones, numerosos datos históricos, demográficos y estadísticos en general, cuya procedencia no revela.

Por más a propósito que parezcan ambas hipótesis, éstas no son más que simples conjeturas, de ahí que prefiramos ceñirnos a los datos que nos ofrece el texto.

INTERÉS DEL ARTÍCULO

Porto Rico nos habla de una sociedad relativamente estable en los aspectos cívico y económico. Nos describe, además, un Puerto Rico que desconocemos: un Puerto Rico que luce bastante próspero (el comercio con varias naciones europeas es muy activo); un Puerto Rico relativamente bien organizado (la infraestructura parece en buen estado; la movilidad en la Isla, si se toma en cuenta la época, no ofrece obstáculos insuperables); un Puerto Rico habitado por hombres de talla (vemos a algunos de nuestros próceres en su vida cotidiana, retratados en toda su humanidad); un Puerto Rico cautivante cuya belleza hemos degradado casi sistemáticamente en los últimos 50 años (esas montañas arboladas que hemos sustituido por las anti-estéticas urbanizaciones de allende la bahía); un Puerto Rico que se enriquece culturalmente con la llegada de inmigrantes (esos corsos que tan rápidamente se asimilaron a la cultura puertorriqueña y que tantos intelectuales han dado a nuestro país un siglo más tarde).

Evidentemente, el autor presenta una imagen subjetiva del Puerto Rico "fin de siècle". Pero, precisamente, es esa subjetividad lo que más nos interesa porque nos obliga a revisar ciertas constantes del discurso exógeno sobre Puerto Rico: ¿cuándo comenzamos a ser "vagos" e "ineptos"?; ¿cuándo comenzamos a ser "bandidos" y "delincuentes"? Comparemos, por ejemplo, la opinión del señor Claine en 1892 con la del último cónsul de los Estados Unidos en Puerto Rico, allá por el 1898, el señor Phillip C. Hanna cuando dice, entre otras cosas, que el español puertorriqueño no sería más que un "*patois* incomprendible para un hablante de la elegante lengua de Castilla". Esos comentarios de sobremesa (por disparatados que sean) nos interesan puesto que a través de ellos tendremos acceso a la imagen que se tenía de la Isla en dicha época. Sólo así podremos apreciar en su justo valor los datos que el autor nos ofrece, no para juzgarlo a él ni a su época sino para situar en un marco apropiado su producción intelectual y, sobre todo, para explotar de la mejor forma posible los datos que nos provee. Es lo que sucede cuando el señor Claine, al visitar el

telégrafo, dice sentirse como en Estados Unidos. Esa observación, que para la época debió parecer descabellada, nos invita a reflexionar sobre el 1898, el cual vendría a ser así la consumación de un asalto económico cristalizado ya antes del 1892. Es una confirmación muy contundente de lo que siempre se ha sostenido: antes de la invasión, ya había un fenómeno de *main mise* por parte de los Estados Unidos.

De otra parte, la subjetividad del autor no se limita a nuestra Isla. Esta se pone de manifiesto también cuando surge el tema de la patria francesa del autor. El artículo nos habla elocuentemente de la "Francia" de la época. Un estado francés aún en formación donde las tensiones entre París y la provincia son algo más que materia de estudio de la historia (124 años separan a Córcega de su pasado genovés y Saboya lleva apenas 32 años bajo dominación francesa); un estado francés que lucha por mantener un prestigio que ya no es posible (de ahí que el autor se sulfure fácilmente al constatar el "desprecio" que exhiben sus "compatriotas" corsos instalados en la Isla); un estado francés que rehúsa aceptar que los días gloriosos del imperio ya no serán más (es por ello que el autor lamenta la "decadencia" de la industria y del comercio franceses sobre todo frente a Alemania).

El autor corrobora con amargura el declive internacional de Francia. Esta ya no es el modelo universal que trató de imponer por la fuerza Napoleón I. Semejantes corroboraciones provocan en el señor Claine fulgurantes manifestaciones de nacionalismo (¿o de imperialismo?) y hasta de sentimientos de persecución. Así, desde que inicia su viaje en Barcelona, se siente discriminado por las autoridades españolas quienes no han desplegado suficientes banderas francesas y quienes les han impuesto una "injusta" cuarentena a los barcos procedentes de puertos franceses, afectados por el cólera.

Dicho nacionalismo ciega a menudo al autor cuando éste da rienda suelta a un discurso de barricada. Así, al visitar el Círculo Francés de Yauco se escandaliza al constatar que allí se habla en español. El corolario de tal descubrimiento es un ataque frontal a los ciudadanos franceses

quienes, según él, no enseñan el francés a sus hijos. Las historias pasada y reciente nos dicen todo lo contrario. Todavía los residentes de Vieques hablan con nostalgia de una infancia lírica jalonada por las canciones de cuna francesas de los abuelos francohablantes. Asimismo, en *Ilusión de Francia: arquitectura y afrancesamiento en Puerto Rico*, Mary Frances Gallart demuestra, estudiando la correspondencia personal de Pedro Santos Vivoni Battistini, las presiones económicas que sufría la familia para poder costear los estudios de la prole en Francia.¹

En fin, el artículo que someto ante su consideración resulta muy interesante desde varios puntos de vista: por sus descripciones maravillosas de un Puerto Rico todavía a salvo de la destrucción resultante de la Operación Manos a la Obra y por la inserción del Puerto Rico del siglo XIX en un marco internacional. Está salpicada de comentarios injustos y de mala fe, pero aún éstos, resituados en su contexto histórico, resultan ser una mina de información. He anotado el texto, pero no de forma exhaustiva para evitar una lectura muy dirigida del mismo.

¹ Mary Frances Gallart, "Espitolario de un curso en la Isla: Pedro Santos Vivoni Battistini", en Enrique Vivoni Farage y Silvia Álvarez Curbelo (eds.), *Ilusión de Francia: arquitectura y afrancesamiento en Puerto Rico*. Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, Archivo de Arquitectura y Construcción, 1997, pp. 91-126.